

Así contribuirá á que se conozcan mejor los principios que la Iglesia Católica proclama en la materia; y se disiparán no pocos errores y doctrinas que perjudican muchísimo para la buena formación intelectual y moral de nuestra juventud, y para la adquisición y el adelanto en los diversos ramos del saber humano.

Me repito de U. S. afectísimo amigo,

† BERNARDO,
Arzobispo de Bogotá

CARTA

DEL R. P. SUPERIOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
AL RECTOR DEL COLEGIO DEL ROSARIO

*Colegio Nacional de San Bartolomé—Bogotá, 8 de Marzo
de 1909*

Sr. Dr. D. R. M. Carrasquilla

Muy distinguido señor y amigo:

He leído con verdadera fruición el notable artículo *La enseñanza práctica* que tan oportuna como sabiamente publica usted en el número 42 de su reputada REVISTA.

Felicito á usted de corazón por este su meritísimo trabajo, y cuánto me alegraría de verlo publicado en folleto aparte:

De usted muy atento, seguro servidor y amigo,

VICENTE LEZA, S. J.

CASOS DE MIEDO

I

EL miedo no debe discutirse: cada cual tiene el suyo. Uno que es ridículo para éste, es natural para aquél; unos tienen miedo de una hoja brillante; otros, de una piel de animal; yo tengo miedo de los animales de sangre fría, aun de los lagartos y de las ranas. Paséome por el campo,

encuentro en una vasta planicie, desnuda de árboles, una ciénaga de bordes llanos, sin sorpresa alguna posible; las ranas, espantadas por mi paso, saltan al agua quieta, y al punto me siento estremecido de pies á cabeza, como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Esto explicará por qué fui víctima en Amberes de un terror que aún me hace temblar al referirlo.

Encontrábame en esa ciudad para copiar por segunda vez el cuadro de Quintín Metzys, *la sepultura de Cristo*.

Pero no se trata sino de mi pavor. Un día que me había quedado trabajando en mi copia hasta la hora de cerrarse el museo, experimenté la necesidad de estirar las piernas, y bajando al Escalda seguí el malecón.

La marea mecía suavemente los grandes trasatlánticos y las tartanas holandesas de listas verdes. En el puerto, lleno de bultos, vagaba sin preocuparme de la hora, mirando los vigorosos caballos flamencos que arrastraban sin esfuerzo las cargas más pesadas, admirando el río de lontananzas vaporosas, en que se hundían los rayos cobrizos del sol poniente.

Poco á poco las praderas bajas y suaves de las riberas perdiéronse en la bruma del norte, esparcida sobre esa tarde de verano, y pensé ir á cenar.

Había oscurecido: el agua de las dársenas se ponía negra, y en esa semioscuridad regresé á mi albergue, situado al lado del canal de los cerveceros. Es una casa antigua, en una calle estrecha que trasciende á salazones, alquitrán y roña.

Al llegar, me encontré con que la comida se había acabado. Era tarde; había olvidado la hora en la contemplación del dulce cielo de Amberes y de su río manso, que acaricia con tanta delicadeza el flanco de las embarcaciones.

Sólo un viajero retardado, como yo, se hallaba en el comedor. Pusieron los dos cubiertos frente uno de otro. Al atacar el primer plato recalentado, examiné al viajero

con la curiosidad de un pintor que tiene delante de sí un personaje desconocido, de exterior pintoresco.

El rostro era curtido y rojizo, la cabellera inculta, pero la mirada enérgica. No hacía cinco minutos que me había sentado, cuando mi desconocido se puso á hablarme; al cabo de un cuarto de hora charlábamos como antiguos camaradas. Supe que llegaba de las Indias, y venía á Amberes para vender al Jardín zoológico una colección de animales: panteras, tigres, gacelas y serpientes.

—¿Tiene usted aquí las fieras? le pregunté.

—Las panteras, los tigres y las gacelas están en el establo, en sus jaulas; las serpientes, que son muy juiciosas, se hallan en mi cuarto, encerradas bajo de llave y arrolladas en medio de su caja de viaje.

Sentía que por mi nunca corría ya un estremecimiento ligero.

—¿Piensa usted pasar la noche aquí? le dije.

—Seguramente.

—¿Y si sus serpientes se le escapan?

—Duermen..

—¿Con los ojos abiertos?

—Es la manera como lo hacen. Pero le aseguro que no siempre son tan terribles como se cree en Europa. Conozco una joven que allá conservó una *cobra capello* toda la noche bajo su almohada. Y usted sabe que la *cobra capello* es la víbora de cascabel de las Indias.

—Curiosa historia.

No se había apercibido de nada, sintiendo sólo que algunos pequeños movimientos inexplicables sacudían su almohada. Al otro día, al examinar su lecho, descubrió un animalito muy tranquilo y muy contento, que levantó la cabeza para mirarla con gratitud: la más hermosa serpiente que se pueda imaginar. Tengo varias de ellas y también *cerastas* y *crótalos* á su disposición. Si usted quiere verlas, se las voy á mostrar, porque vale la pena; no tienen más

que un pulmón, nadan sin aletas, caminan sin patas, y están dotadas de 250 pares de costillas.

—Mil gracias. Unos bichos que no tienen más que un pulmón y 250 pares de costillas, sólo me interesan de muy lejos.

—¿Les tiene usted miedo?

—Ciertamente, y hasta encuentro criminal que se traigan esos animales á nuestro país; podrían escaparse.

—¡Y la ciencia!

—Si son necesarios á la ciencia, que los sabios vayan á estudiarlos en donde se encuentran, y no que ellos vengán á visitar á los sabios de nuestro país.

A pesar mío la conversación versó un rato más sobre ese tema, y fue esa noche cuando supe que antes de engullirnos vivos, los reptiles tienen la precavida costumbre de lamernos despacio. Estaba helado cuando levanté la sesión.

Mi cuarto quedaba al extremo de un corredor. Subí á él, y con la cabeza llena de los cuentos de la velada, me desnudé lentamente, no sin haber antes abierto mi lecho, levantado las cortinas y registrado mis armarios.

Mientras que hacía esto, oí un ruido en el cuarto vecino al mío y una voz que me gritó:

—Buenas noches, señor. Oigo que no se ha acostado usted todavía. Duerma tan bien como yo, que hace ocho días que no me acuesto.

¡Era el hombre de las *cobra capello*!

Estuve á punto de volverme á vestir y pedir que me cambiaran de cuarto. Sin embargo, el desagrado de acostarme en una cama que me prepararían de prisa, la vergüenza, el amor propio de confesar mis temores infantiles, me hicieron desistir. Era demasiado tonto y demasiado ridículo: aquellas serpientes dormidas no iban á atravesar la pared ó bajar por la chimenea para venir á acostarse conmigo. Haciéndome violencia, apagué la vela y me metí en mi lecho, separado por todo el ancho del cuarto de la pieza de las serpientes.

Permanecí largo rato sin dormir, dando cien vueltas, fastidiado por sentirme, á pesar mío, preocupado por la idea de aquella vecindad.

Por debajo de la puerta de comunicación de los dos cuartos, cuyos pasadores había corrido, veía entrar un rayo de luz y temía el momento en que desapareciera. Apagada aquella luz, mi coleccionista se dormía con ese sueño de plomo de que me había hablado. El débil fulgor desapareció, y con él se apagaron todos los ruidos de la casa....

Me dormí, pero con un sueño temeroso y ligero: con el sueño del que espera y espía. ¿Cuánto tiempo dormí así?

No lo he sabido nunca; una hora, dos horas quizás. Fui sacado de este estado por un ruido que me quitó instantáneamente las indecisiones del despertar sobresaltado. Sabía dónde estaba: mis temores, las historias que me habían impresionado, todo lo recordé de golpe. Con la cabeza despejada, como si no hubiera dormido, pero con el corazón agitado, me senté en la cama y escuché.

Era un ruido extraordinario, una especie de chapoteo irregular, sordo, que cesaba un segundo y luego comenzaba lento ó precipitado, produciendo de tiempo en tiempo un latigazo más pesado, seguido de otro silencio. Extendí el brazo á la mesa de noche para tomar los fósforos, y no los encontré. Habíalos dejado sobre la chimenea con la vela. Me oprimía el corazón á dos manos—latía violentamente—y con los ojos dilatados por el miedo, miraba. La oscuridad era profunda, como en un pozo, y el ruido continuaba un tanto debilitado; pero los latigazos, al contrario, eran más frecuentes y pesados. Quise gritar: ¡las serpientes! pero la sangre se me heló en las venas. Horrorizado, quise llamar, gritar como en un sueño; pero no podía. Inundado de sudor frío, con la mandíbula oprimida, caí de nuevo sobre la almohada, sofocado por la angustia.

En mi cerebro perturbado, que sin embargo pensaba juiciosamente y veía claro, como si perteneciera á otro, me la explicaba todo y seguía á los reptiles en su marcha.

Se habían deslizado bajo la puerta que yo había mirado antes de dormirme y que dejaba pasar haces de luz de dos dedos de ancho.

El chapoteo y los latigazos eran producidos por la marcha del animal, que ya iba suavemente buscando su dirección, ya se erguía y se dejaba caer con atrevimiento, habiendo a livinado lo que trafa. Reconocí el sonido sordo de la piel viscosa sobre el piso.

●ía el roce pesado de una piel viva. Dentro de un instante, en medio de mi lecho, reptiles helados, monstruosos, se extenderían cerca de mi cuerpo, que pronto habían de envolver, mientras que lenguas viscosas me lamerían la cara. Literalmente estaba agonizando.

Sin embargo, pensé que los reptiles, cuando no se les irrita y no están hambrientos, sólo tienen una necesidad, una idea: el calor. El estado de beatitud que encuentran los amodorra y pueden permanecer mucho tiempo inofensivos.

Haciendo un esfuerzo desesperado, pude erguirme, y tomando mi cobertor de lana, lo arrojé en el piso del cuarto. ¡Cómo aguzaba el oído! ¿Qué iban á hacer? ¿Lo oiría? ¿Lo podría comprender?

Era indudable que el ruido se debilitaba y se hacía cada vez menos frecuente. ¿Habrían encontrado el cobertor?

Por fin no oí nada. Lancé un suspiro de esperanza.

Respiré más fácilmente y traté de llamar, pero no tenía voz: se había vuelto sorda y apagada; nadie se movió ni respondió.

Lo que comprendí en seguida fue que de ninguna manera antes del día tendría fuerzas para salir de mi cama y poner los pies en el suelo.

La idea de que al caminar podía pisar ó tropezar con uno de esos reptiles inmundos, cuyo simple contacto me hubiera aniquilado, acobardaba por completo mi espíritu.

Levantarme y huir cuando pudiera conocer el peligro y evitarlo, sí; ir á ciegas y como valiente, nó. Tenía que permanecer temblando, encogido en un rincón de mi lecho, sin moverme, de miedo de que al estirar los brazos ó las piernas encontrara la piel lisa y dura de alguna serpiente.

¡Qué noche! yo lo calculaba todo.

Enfriándose el cobertor, irían los reptiles á buscar un nido más tibio; ¿no era la piel humana un manjar irresistible para esos devoradores de seres vivos? ¿No los sacaría de ese estado de beatitud con el cual había contado yo para escaparme, la necesidad de hincar sus dientes en una sangre caliente y palpitante? Mi almohada siguió al cobertor, y apoyado contra la pared esperé.

Con decir que el día tardó en llegar, no digo nada. Por fin vi del lado de las ventanas la claridad del alba, pero tan pálida y tan horrible, que era preciso toda mi angustia para percibirla. Sin embargo, poco á poco fue creciendo y pude distinguir al fin las ventanas. La escasa luz que entraba me permitía ya reconocer en mi habitación sombras, formas; pero ¿cómo podría escudriñar si algo se había movido, si yo estaba solo?

¡Ah! ¡qué hermosa parecióme la luz que entró francamente desliziéndose sobre el pavimento y alumbró hasta los rincones más misteriosos de la pieza!

Desde que había aclarado vigilaba el cobertor; ahora lo veía mejor. De ese lado no había nada que me inquietara. Delgado como era, había caído aplastado y ningún abultamiento indicaba que estuviese habitado. La almohada, que había permanecido recta contra una silla, no podía suministrar un abrigo. La alfombrita que tenía delante de la cama estaba extendida en torno mío y no había más que mis sábanas estrujadas.

¿Era una alucinación mía?

Desde mi cama tomé mis zapatillas, y cuando me hube calzado, me atreví á aventurarme. Avancé á pesar de eso con prudencia, manteniéndome del lado de la puerta; pero no había dado tres pasos, cuando lo comprendí todo.

¡ Mi palangana llena de agua, que había quedado en el suelo, servía de tumba á un ratón! Eran sus esfuerzos por salvarse los que me habían despertado, y su agonía, su larga y trágica agonía, la que me había terrorizado. Por la tarde cambié de alojamiento

HÉCTOR MALOT

II

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto, que por su falta completa de agua recibe el nombre de *travesía*. El aspecto de aquellas soledades es por lo general triste y desamparado, y el viajero que viene del Oriente no pasa la última *represa* ó aljibe de campo, sin proveer sus *chifles* de suficiente cantidad de agua. En esta *travesía* tuvo una vez lugar la extraña escena que sigue:

Las euchilladas tan frecuentes entre nuestros *gauchos* habían forzado á uno de ellos á abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, y ganar la travesía á pie, con su montura al hombro, á fin de escapar á las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres. No eran por entonces sólo el hambre ó la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que un tigre *cebado* andaba hacía un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir á veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquélla: entonces el tigre empieza á gustar de preferencia su carne, y se le llama *cebado* cuando se ha dado á este nuevo género de caza, la caza de los hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones con-

voca á los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la persecución del tigre *cebado*, que rara vez escapa á la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar el tigre á lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del cerdo, pero agrio, prolongado, estridente, y que sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte. Algunos minutos después, el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro, y sólo á una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin; porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía. Al fin, arrojando la montura á un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar á su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino: el tigre marchaba á paso precipitado, oliendo el suelo, y bramando con más frecuencia á medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que ésta se había separado del camino, y pierde el rastro: el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarrá de un manotón, esparciendo en el aire sus preñías. Más irritado aún con este chasco, vuelve á buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista, divisa á su presa haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas. Desde entonces ya no bramó el tigre: acercábase á saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus enormes manos estaban apoyándose á dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo que iba á obrar sobre

los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un salto impotente: dio vuelta en torno del árbol midiendo su altura con los ojos enrojecidos por la sed de sangre; y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca.

Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho, y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado á debilitar sus fuerzas, y ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba á caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dio esperanza de salvación. En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar á él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre *empacado* y ciego de furor, fue la obra de un segundo. La fiera estirada á dos lazos, no pudo escapar de las puñaladas repetidas con que en venganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba á ser su víctima.

“Entonces supe lo que era tener miedo,” decía el General D. *Juan Facundo Quiroga*, contando á un grupo de oficiales este suceso.

D. EZEQUIEL URICOECHEA

Muy estimado doctor:

En la *Historia de la Literatura*, de Vergara, acabo de ver citadas las siguientes obras del Dr. Uricoechea (págs. 160-161):

“*Vocabulario del idioma Tama, que se habla en el pueblo de Jiramená—1863.*”

“*Vocabulario Páez—Castellano, catecismo y nociones gramaticales y dos pláticas conforme á lo que escribió el*